

I lugar de las masculinidades hetero-cis en la transformación sociohistórica del género/sexo

Paulo Montoya Velásquez¹

¹ Psicólogo. Magíster (c) en Sociología. Correo electrónico: paulo.montoyav@gmail.com

*Pero las preguntas están.
Existen y se reproducen.
Este es el tiempo de las preguntas.
De aceptar la desorientación.
De buscar nuevas formas de ser varón.*

Diana Broggi y Mariel Martínez

E

ste artículo de reflexión explora algunas posibles respuestas a la pregunta por el lugar que las masculinidades hetero-cisgénero podrían ocupar frente a las transformaciones sociohistóricas del género/sexo, que han cuestionado y puesto en crisis la matriz heteronormativa del género y el sistema patriarcal. El artículo pasa por discusiones acerca de las llamadas nuevas masculinidades y pretende dar algunas coordenadas que complementen la discusión acerca de qué masculinidades deben construirse en la actualidad.

Palabras clave: masculinidades, género, feminismos, nuevas masculinidades.

Hace unos años yo estaba cómodo, viviendo sin reconocer de manera consciente que tenía una experiencia de género como hombre hetero-cisgénero, una categorización que en aquel entonces no reconocía, aunque me describía. Según Fabbri (2021), se refiere a estar «del mismo lado de» (significado del prefijo «cis»), con lo cual somos cisgénero las personas que nos identificamos con el mismo género que nos impusieron al nacer. Pero mi supuesta comodidad ha cambiado en los últimos años, al acercarme a mujeres que me han relatado sus experiencias de violencias sexuales y de género, perpetradas por hombres hetero-cis. Estos relatos me movilizaron, pues están cargados de tristeza, dolor, rabia, sufrimiento y otros sentimientos que han causado malestar en su vida y que me llevaron a preguntarme sobre lo que implica reproducir esta forma del género y los daños que se generan cotidianamente al hacerlo.

Así comenzó mi duda sobre la carga histórica que tenemos los hombres hetero-cisgénero, por lo que me acerqué a conocimientos como los que aportan el feminismo y la filosofía de género, que encaminaron esa incomodidad sentida con «mi» manera de ser hombre hacia más dudas y preguntas; desde lugares como la universidad, los auditorios,

los pasillos y mi cuerpo, empecé a dudar y a cuestionar mi existencia como hombre ligada a una construcción de género que está concebida desde lógicas y prácticas patriarcales como el machismo, construida a partir de relaciones de subordinación de las demás personas, utilizando la violencia como herramienta principal. Algunas de las preguntas que comenzaron a darle forma a esta crisis son aquellas relacionadas con qué y cómo se es hombre, o qué mandatos actúan en mi masculinidad, para ir resolviendo un aspecto central: qué hombre quiero ser. Hasta el día de hoy no tengo una respuesta final; aunque ya hay algunos indicios, aún me llevan

a reconocer que yo no estoy «terminado» (y que nunca lo estaré), como ocurre con la carga sociohistórica que tiene la forma del género que me han impuesto de una manera mutilante.

Algunas de las preguntas que comenzaron a darle forma a esta crisis son aquellas relacionadas con qué y cómo se es hombre, o qué mandatos actúan en mi masculinidad, para ir resolviendo un aspecto central: qué hombre quiero ser.

Parto de esa historia corta para abrirme en este escrito y mostrar que aquello de la masculinidad que vamos a discutir en estos párrafos no es absoluto, no es la respuesta final y nos debe interpelar a los hombres hetero-cis en nuestra vida cotidiana. Dicho esto, y al reconocer mis dudas y el momento en el que emergieron, me pregunto: ¿qué lugar tienen los hombres hetero-cisgénero en el proceso social que busca la caída del sistema patriarcal, la equidad de género y prevenir las violencias sexuales y de género? Quizá incluso la pregunta esté mal formulada, porque debería incluir otro elemento del sistema que agobia a los géneros, y como dije antes, debe atravesarnos en lo personal, así que podría quedar de este modo: ¿qué lugar van (vamos) a ocupar los hombres hetero-cis en el proceso de transformación social del género, con el que se buscan la caída de un sistema patriarcal y

capitalista, la equidad de género y erradicar las violencias sexuales y de género?

Considero que esta pregunta nos pone de cara a dos cuestiones complementarias, pero que pareciesen en disputa.

Por un lado, que los hombres hetero-cis tienen que visibilizar el privilegio de género que les (nos) ha otorgado este sistema en los diferentes contextos de la vida social, bien sea en el ámbito público o en el privado, en donde, y allí viene el otro lado, los hombres tienen que dejar un vacío. Con vacío me refiero a descentralizarse, abandonar el androcentrismo y comenzar a ocupar otros lugares de poder en todos los contextos, de una manera horizontal, que les permita reconocer su lugar y los actos que pretendan subordinar al otro.

Ahora bien, con estos dos elementos puestos en discusión, emerge otra pregunta: ¿cómo lograr ocupar estos «otros» lugares? Para responder, primero tenemos que hablar de algunas características de las masculinidades tradicionales construidas desde el patriarcado, que nos darán una idea del lugar que han (hemos) ocupado los hombres hetero-cis en el entramado social.

Reconozcamos que hay un mandato de «la masculinidad» (en singular) que Fabbri (2021) define como «dispositivo de poder orientado a la producción social de varones cis hetero» (p. 27),² el cual puede ser complementado con tres características que Kimmel (1997) expone como parte de este mandato.

Primero, ser un hombre significa no ser como las mujeres; segundo, esta masculinidad se construye por una aprobación «homosocial» (es decir, de hombres con hombres), que lleva a que los hombres ejecuten actos heroicos,

riesgosos, para que otros hombres admitan su virilidad, siendo la violencia su indicador más evidente, junto al supuesto deseo constante de luchar, priorizando los llamados «afectos activos», que no dejen lugar a la pasividad³ o la vulnerabilidad, limitándolos a sentires como la ira, los celos y formas de amor posesivas y controladoras basadas en el amor romántico; y tercero, el miedo a ser percibidos como gays, no como verdaderos hombres, es decir, heterosexuales, manteniendo la imposición de exagerar las reglas tradicionales de la masculinidad, incluyendo el mandato de la heterosexualidad,

que ha llevado a la sexualización constante de las mujeres, ya que hay una necesidad de estar siempre preparados para demostrar interés sexual y, con esto, mostrar la «verdadera virilidad».

Así entonces, Fabbri y Kimmel plantean algunos elementos para reconocer las imposiciones que reciben los hombres hetero-cis, empezando por ese dispositivo de poder que demanda ser antónimo de lo femenino, con

² Diferente a «las masculinidades» (en plural), que serían *performances* de género encarnadas por sujetxs diversxs, retomando la definición de Fabbri (2021), que destaca las variaciones de raza, clase, edad, etnia, género u orientación sexual que diversifican la experiencia de vida de las personas vinculadas a las masculinidades.

³ Aspecto que Ahmed (2015) relaciona con las pasiones, y su raíz ligada a la *pasio*, que se refiere a lo pasivo, impuestas a lo femenino e instauradas desde la matriz binaria del género en las personas con vulva.

una legitimación homosocial de la hipermasculinización para no acercarse a la homosexualidad, sosteniendo la heterosexualidad obligatoria. Entonces, ¿el cambio de la masculinidad debe ser contrario a este dispositivo y sus mandatos? Yo diría que la respuesta oscila entre un sí y un no; es una respuesta ambigua que se explica así: sí, puesto que no continuar actuando como lo manda esta forma de ser hombre implica una transformación de las masculinidades, acercarse a lo femenino, cuestionar y deslegitimar el pacto homosocial, así como la heterosexualidad obligatoria, y desvincularse de la hipermasculinización, cambios lógicos que deben cimentar la contracara de esta forma de masculinidad; pero hay que atender a un detalle que trae a colación el no:

pueden llegar a sostener y legitimar órdenes de género esencialistas y binaristas, estructurando unos tipos de lo «nuevo masculino» que tendrían que adoptar las personas con experiencias de género ligadas a las masculinidades como un deber para encajar en esta categorización, construyendo un nuevo dis-

positivo social que el patriarcado ya utilizaba.

Claro, para comprender cómo funcionan las masculinidades en un sistema patriarcal-capitalista se debe partir de la deconstrucción y la despatriarcalización (Jones y Blanco, 2021) de las relaciones sociales, pero el lugar de las masculinidades en la transformación sociohistórica del sexo/género no puede legitimar ningún tipo de matriz de poder ni de construcción dicotómica que ponga en disputa los géneros, porque si esto sucede, comienzan a emerger corrientes sociales que quieren ocupar el vacío de la masculinidad tradicional desde un nuevo lugar de poder impositivo y autoritario, como sucede hoy con diferentes emergencias sociales que pretenden construir neomachismos, como los grupos llamados «masculinistas».

Los Incels, Redpillers, Mgtow (Man Going Their Own Way), entre otros, son grupos masculinistas que ante las transformaciones sociales del sexo/género han optado por una confrontación violenta y protecciónista de la masculinidad desde la «andrósfera».⁴ Pretenden reivindicar «la esencia del hombre», ubicando a los hombres hetero-cis-género como víctimas de este sistema que los (nos)

Fabbri y Kimmel plantean algunos elementos para reconocer las imposiciones que reciben los hombres hetero-cis, empezando por ese dispositivo de poder que demanda ser antónimo de lo femenino, con una legitimación homosocial de la hipermasculinización para no acercarse a la homosexualidad, sosteniendo la heterosexualidad obligatoria.

⁴ Es un conglomerado de blogs, sitios web, páginas de Facebook, canales de YouTube, etc., cuyo contenido se dirige casi exclusivamente a los varones, principalmente jóvenes, y que tocan diferentes temas de interés para la protección de la masculinidad, con una visión declaradamente antifeminista (Petrocelli, 2021).

privilegio; y aunque es cierto que este sistema hace daño a todas las personas, incluyendo a los hombres, estos utilizan la victimización para movilizarse desde la confrontación y el proteccionismo del sistema patriarcal y capitalista, sin ninguna intención de reconocer el lugar que han (hemos) ocupado históricamente en este sistema. Además, pretenden construir el relato de que el feminismo y la perspectiva de género son «el enemigo», con el ánimo de defender violentamente sus privilegios, desde una lógica guerrera, como se espera de esta masculinidad.

Por otro lado, también aparecen hombres «disfrazados» de personas críticas de su masculinidad, que realizan acciones para mostrarse de unas maneras más cercanas a lo femenino, a partir de diferentes elementos, como la moda; y otros que participan de círculos de hombres, en los que cambian elementos estéticos o algunas prácticas puntuales que se ligaban a lo femenino y que ahora asumen ellos como propias (como las prácticas de cuidado o el relacionamiento íntimo y cariñoso con otros hombres), pero que no se enmarcan en una transformación política o de ruptura con el sistema como tal, sino que son un acoplamiento más de las masculinidades para encajar y sostener su lugar de poder ante diferentes transformaciones que acontecen en la vida social; es otra forma de legitimar el poder de la masculinidad, pero enmascarada, para que esta no se vea relegada con la transformación actual.

Con este panorama, retomo la pregunta: ¿qué lugar van (vamos) a ocupar los hombres hetero-cis en el proceso de transformación social del género, con el que se busca la caída de un sistema patriarcal y capitalista, la equidad de género y erradicar las violencias sexuales y de género? Las coordenadas que puedo pro-

poner hoy en este escrito, como hombre hetero-cisgénero, pasan por reconocer los espacios que afectamos y nos afectan cotidianamente, donde actuamos con una forma de la masculinidad ligada al mandato impuesto de ser hombre de una manera específica (como la expuesta por Kimmel, 1997). Un lugar homosocial actual, en el que hay una circulación constante de múltiples masculinidades que se encuentran para acercarse y compartir intimamente, es, por ejemplo, la barbería, un espacio donde se construyen las estéticas de los hombres, se manifiestan actitudes sexualizantes con respecto a las mujeres, se busca competir con otros hombres y recibir su aprobación, y además se pretende construir un estatus social a partir de

...si queremos ser éticos, debemos llegar a unos acuerdos básicos sobre las masculinidades, para asumir un rol político y de transformación social en este momento sociohistórico...

capitales sexuales que evidencian cómo en la cotidianidad habitamos espacios en los que nos construimos como hombres. Podríamos preguntarnos ¿qué discursos o prácticas machistas circulan en este espacio?, ¿qué se observa del mandato de la masculinidad allí? Al reconocer esto se pueden potenciar cambios que transformen no solo la subjetividad, sino estos mismos espacios.

Es importante partir del hecho de que las relaciones que tienen lugar en los espacios homosociales cotidianamente son un eje de transformación social, puesto que, como lo

expresa un participante de una investigación acerca de la afectividad y las nuevas construcciones de masculinidades, en la barbería ocurren otras transformaciones de esas masculinidades, pues según él este espacio modificó su vida, ya que si no hubiera tenido la oportunidad de frecuentar la barbería, no sabe qué podría estar haciendo, «quizá matando o haciendo algo con un arma», según dijo, pues era esa la posibilidad más viable de conseguir capital económico y estatus en su barrio, una alternativa que se imponía y que limitaba su agencia, además de que le posibilitaba cumplir con unos ideales masculinos que se legitiman en la ciudad de Medellín (y su área metropolitana).

Así mismo, hay otros lugares donde se encuentran hombres con iniciativas para sentir y pensar las masculinidades, o colectivos que abordan las masculinidades, cuestionándolas, pretendiendo rebelarse contra los mandatos tradicionales y ponerse en un lugar disidente, despatriarcalizado y deconstruido (Jones y Blanco, 2021). Estos espacios, que pretenden sensibilizar a los hombres, también se encuentran con diferentes retos emergentes, relacionados con la posibilidad de romper con el pacto patriarcal y las imposiciones que obligan a ser hombre de una manera específica. Y aunque plantean alternativas para evitar esto, inicialmente deben enfrentarse a pruebas que, poco a poco y en colectivo, van gestando impactos sociales que generan la ruptura esperada del sistema patriarcal-capitalista.

Es importante reconocer que la respuesta a la pregunta central del texto puede asumir-

se desde diferentes perspectivas; por ejemplo, desde los movimientos masculinistas que luchan por los derechos de los hombres, o desde los espacios de hombres que realizan labores de cuidado para mostrarse más sensibles, con la promesa de «conquistar a las nuevas mujeres», o lejos de estas opciones, desde la construcción de hombres disidentes (Jones y Blanco, 2021) del patriarcado y que deconstruyen en su cotidianidad el mandato de la masculinidad, impactando también sus entornos relationales. Además, se debe partir de una contextualización de las masculinidades para no caer en el esencialismo de los lugares de poder que pretenden deconstruirse y despatriarcalizarse, algo que además da indicios de acciones cotidianas que podemos poner en práctica para combatir el mandato de la masculinidad.

Por último, si queremos ser éticos, debemos llegar a unos acuerdos básicos sobre las masculinidades, para asumir un rol político y de transformación social en este momento sociohistórico: el lugar que han de ocupar las masculinidades hetero-cis en esta transformación histórica tiene que apelar al enfoque de la no violencia; comprender de manera compleja, construcciónista, relacional y con un enfoque de género y diferencial las masculinidades; dejar de definir la masculinidad como lo que no es (lo femenino, por ejemplo); y romper con el relato y el mandato de la disputa de géneros, sin vetar ningún afecto, reconociendo que los hombres son seres vulnerables, y optando, como propone Carabí (2000), por «ser hombre sin necesidad de jerarquizar los roles ni de establecer relaciones opresivas basadas en la subordinación. Unas masculinidades nuevas, antisexistas, antirracistas, antihomofóbicas» (p. 26), que nacen, como indican Broggi, Martínez y Gutman (2018), de una interpelación de la cuarta ola del feminismo, encontrando en estos cuestionamientos a las masculinidades un hogar, un camino para interrogarse a fondo.

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Broggi, D., Martínez, M. y Gutman, F. (30 de julio de 2018). Carta a los varones desorientados. *Anfibía*. <https://www.revistaanfibia.com/carta-a-los-varones-desorientados/>.
- Carabí, Á. (2000). Construyendo nuevas masculinidades: una introducción. En Á. Carabí y M. Segarra (eds.), *Nuevas masculinidades* (pp. 15-28). Icaria.
- Fabbri, L. (2021). *La masculinidad incomodada*. UNR Editora.
- Jones, D. y Blanco, R. (2021). Varones atravesados por los feminismos. Deconstrucción, distancia y reforzamiento del género. En L. Fabbri (ed.), *La masculinidad incomodada* (pp. 45-61). UNR Editora.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp. 49-62). Isis Internacional.
- Petrocelli, S. (2021). La andrósfera. En L. Fabbri (Ed.), *La masculinidad incomodada* (pp. 195-212). UNR Editora.